

CONSEJOS DE DIDEROT A UNA ACTRIZ

## CONSEJOS DE DIDEROT Á UNA ACTRIZ

---

### I

Esta señorita Jodin, cuyo nombre ha pasado á la posteridad en el equipaje de Diderot, no parece haber merecido ni por su talento ni por su carácter, el insigne honor que le hizo el filósofo de ser durante cuatro años seguidos su consejero y su corresponsal.

Hija de un relojero de Génova, colaborador de la Enciclopedia, y cuyo protestantismo rígido compartía todas las repulsiones de Juan Jacobo con respecto al teatro y los cómicos, no pudo seguir la irresistible atracción que la batería y su luz ejercían sobre ella hasta la muerte de su padre.

En cuanto enterraron al buen señor se vendió todo en la casa, y la madre y la hija, tan alocada la una como la otra, vinieron á instalarse en París, donde les esperaba la calurosa y omnipotente simpatía de Diderot, el antiguo colaborador de Pedro Jodin. Verdaderamente la protección del filósofo y de su amigo Grimm, los dos muy influyentes en las Cortes extranjeras del Norte, le valió á la joven debutante su contrata en el Teatro Francés de Varsovia; durante su estancia allí, Diderot no cesó de escribirla, de dirigirla y formular para ella un pequeño código dramático, tan útil hoy como hace cien años, encerrado en una veintena de cartas admirables, que nuestros jóvenes actores debían saber de memoria.

“He oído á Ud. poco, señorita; pero he creído reconocerla una particularidad que no se puede simular á fuerza de arte y estudio, pero que se adquiere; un alma que se enajena, que se afecta profunda-

mente, que se transporta á todos los lugares, que es de una manera ú otra, y que habla por tal ó cual personaje. Me ha agradado ver que después de un movimiento violento parecía que venía usted de muy lejos y reconocía apenas el sitio de donde no había Ud. salido y los objetos que la rodeaban.”

A pesar de este cumplido con que empieza la correspondencia, se percibe claramente desde las primeras líneas que Diderot no se hace ilusiones sobre las dotes de la debutante. Por el modo que tiene de predicarla sobre la naturalidad y la sencillez, se adivina en ella una atriz de provincia, pretenciosa, enfática y con los brazos en jarras. La estimula, sobre todo, á moderar su accionado; “el ademán frecuente daña á la energía y destruye la nobleza.”

“La cara, los ojos, todo el cuerpo, en fin, son los que deben tener movimiento y accionar, no los brazos.”

Y esta recomendación, que se encuentra en cada párrafo:

“Aficiónese Ud. á las escenas tranquilas.”

Por escenas tranquilas, Diderot entiende las escenas de comedia, delicadas, con matices en los que la actriz puede mostrar gusto, finura, juicio y talento. Según él, saber hacer una escena apasionada es casi no saber nada, puesto que el poeta ha puesto la mitad del efecto.

Ante todo, estudiar los acentos, los movimientos de la naturaleza, esta lengua primitiva que la muchedumbre comprende y se asimila sin esfuerzo alguno. El sentido de un verso bueno no está al alcance de todos; pero un grito bien expresado, un suspiro salido del fondo de las entrañas, miradas elocuentes y temblor de manos adecuado, lo mismo que en la voz, eso es lo que conmueve, turba y transporta.

“Bien quisiera que hubiera Ud. visto

á Grimm representar el papel de un padre que ha dejado caer á su hijo á un pozo. La máxima que nuestros poetas tienen más olvidada es la que dice que los grandes dolores son mudos. Recuérdele Ud. por ellos, á fin de disimular con su talento la impertinencia de sus versos. No dependerá más que de Ud. causar más efecto por el silencio que por sus hermosos discursos.”

En la carta siguiente felicita á la actriz por el éxito de su *debut*, sin ocultarle que parte de él le debe al poco gusto de los espectadores de allá. No hay que agradecer á los tártaros, sino á los atenienses. Sobre todo hay que perder esos hipos de tragedia que se quieren hacer pasar por acentos entrañables, y que no son otra cosa que mala técnica, cansada, desagradable, un *tic* tan insoportable en escena como sería en sociedad. Examine Ud. los seres más violentos, los mayores transportes de cólera, no encontrará Ud. nunca

nada parecido. Guerra á muerte á todo que lo es falso, mentira ó convencional.

“Señorita, no hay bueno en este mundo más que lo que es verdad; sea Ud. representante de la verdad en escena y fuera de la escena.”

La insta á que estudie á la mujer en sociedad, á las que se hallan en primer término sobre todo, que la enseñarán movimientos distinguidos, fáciles y sencillos. En la calle, en el pueblo, en los mil actos diversos de la vida doméstica, mirados de cerca, la darán las verdaderas actitudes de la pasión, la mímica y la entonación del amor, de la envidia, la desesperación y la cólera. Que esto lo retenga su vista, lo conserven sus oídos; que convierta su cabeza en *la cartera de todas estas imágenes*, y cuando las exponga en escena, todos las reconocerán y aplaudirán, con la expresa condición de que reproduzca fielmente lo que sienta, y no trate nunca de ir más lejos. Y siempre

el mismo estribillo: “Aficiónese Ud. á las escenas tranquilas.”

Pocos actores saben escuchar; de tal modo están preocupados con sus efectos sobre el público y con mil otras cosas, ajenas por completo á la escena. Que el teatro no tenga ni foro ni embocadura para Mlle. Jodin, que sea un sitio en donde y de donde nadie la vea, pues hay que tener alguna vez valor para volverse de espaldas al público sin acordarse de él. Toda actriz que á él se dirige merecía que la gritaran de la galería: “¡Señorita, no estoy en casa!”

Otra cosa importante es no estar con la vista fija en el éxito. No se es verdaderamente artista más que con la condición de hacer ensayos peligrosos, intentar empresas atrevidas y tener una manera nueva y peculiar.

Dado el estilo de estas cartas, se pregunta uno si es que Diderot anuncia á la joven actriz la retirada definitiva de Clai-

ron, y le indica el sitio vacante, no despreciable de ocupar. Lo cierto es que la pobre muchacha ha tomado la cosa en serio, y habla ya de rescindir un contrato por entrar en Francia.

El maestro la disuade enérgicamente. Tenía grandes defectos cuando se marchó; el hipo trágico, una falta total de costumbre escénica; señores jóvenes que la han visto allá donde trabaja pretenden que ha contraído la costumbre muy desagradable de balancear el cuerpo. Para venir á París es preciso que vuelva corregida de todo; si no, se expondrá á terribles desengaños. El público parisién, á medida que se le extravía el gusto, se hace más difícil para actores y autores. No hay más que *debuts* desgraciados, multos y terribles caídas entre silbidos y risas.

La carta siguiente trata de lo mismo, de la necesidad de perfeccionarse antes de pensar en su vuelta.

Ante todo estudiar *la escena tranquila*: ¿no les parece á Uds. oír á Sarcey hablar de *la escena que hay que hacer*? Decir todas las mañanas, á modo de oración, la escena de Athalie con Joas, y como oración de la noche, algunas escenas de Agripina con Nerón; como *benedicite*, la primera escena de Fedra y su confidente. Sin amanerarse nunca, porque se corrige siempre el apresuramiento, la rigidez, la rusticidad, la dureza, lo innoble; lo que no se corrige nunca es el amaneramiento y la afectación.

“Sea Ud. alguna vez enfática, si el poeta así lo exige; pero no lo sea Ud. siempre que lo exija, porque el énfasis existe raras veces en la naturaleza, no es más que una imitación exagerada. Si creyera Ud. alguna vez que Corneille se encontraba casi siempre en Madrid y rara vez en Roma, rebajaría Ud. á menudo sus riquezas por la sencillez del tono, y sus personajes tomarían, al hablar por su

boca, un heroísmo doméstico, unido, franco y sin afectación, que no tienen casi nunca en sus obras... Garrik me decía un día que le sería imposible representar una obra de Racine, pues sus versos parecen como serpientes que se enroscan al actor y le impiden el movimiento. Garrik sentía bien y decía bien. Rompa Ud. las serpientes de Racine y destruya los zancos de Corneille.

Otra vez se trata de un contrato para Mlle. Jodin en el Teatro Imperial de San Petersburgo. Las condiciones son mil seiscientos rublos, equivalentes á ocho mil francos; para el viaje mil pistolas á la ida y otras tantas á la vuelta. Se confecciona trajes á la francesa, á la romana, á la griega; los más extraordinarios los elige en el almacén de la Corte. La contrata es por cinco años, y hay carroza sólo para el servicio imperial. Las gratificaciones son algunas veces muy crecidas; pero allí, como en todas par-

tes, hay que merecerlas. En caso de convenir estas condiciones, Mlle. Jodin escribirá dos cartas con intervalo de una semana en la fecha; en la primera pedirá más de lo que la ofrecen; en la segunda aceptará todo lisa y llanamente. Las dos cartas juntas se expiden á Diderot, que no cursará más que la primera, y el filósofo, temiendo haber herido á la provinciana por la despreocupación con que le habla de su profesión, añade, en uno de esos arranques de elocuencia familiar que no ha tenido nadie más que él: "Si tuviera el alma las facultades y la figura de Quinault-Dufresne, mañana saldría á escena y me sentiría más honrado haciendo llorar al malvado ante la virtud perseguida, que predicando en un púlpito, con sotana y bonete cuadrado, tonterías religiosas que no interesan más que á los idiotas que las creen. La moral de Ud. es de todos tiempos y pueblos, de todas las comarcas; la suya

cambia cien veces en una pequeña latitud.“

Este entusiasmo por el oficio de cómico no impide á Diderot escribir algún tiempo después á su jóven amiga, á la que una calaverada había alejado de la escena y otra la devolvía á ella:

“No me atreveré á aprobar sus tentativas hacia el teatro; no veo gran ventaja si las logra Ud., y sólo veo un inconveniente real si no alcanza el éxito apetecido.“

Más lejos la disuade casi de sus proyectos:

“No más espectáculos, no más teatro; cesen las disipaciones y las locuras. Un cuartito bien ventilado en algún apartado y tranquilo rincón de la ciudad, un régimen sobrio y sano, algunos amigos de ameno trato, algo de lectura, un tanto de música, mucho ejercicio y mucho paseo; eso es lo que deseará Ud. haber hecho cuando ya no sea tiempo.“

Hay que creer que estas idílicas perspectivas no encantaron á Mlle. Jodin, porque el 11 de Mayo de 1769, Diderot la escribe felicitándola por su *debut* en el gran teatro de Burdeos, haciendo constar la diferencia que existe entre este público y el de la Comedia Francesa.

“Aquí en escena con Mlle. Clairon ó Mlle. Dumesnil hubiera deseado verla obtener el éxito y los elogios que la ha prodigado el público de Burdeos. Trabajad, trabajad sin descanso; juzgaos severamente, creed menos en los aplausos de los provincianos que en el juicio que os merezcáis á vos misma. ¿Qué confianza pueden merecer las aclamaciones de gentes que permanecen mudas en los momentos que Ud. misma comprende que lo está haciendo bien, porque no dudo que esto la habrá á Ud. sucedido alguna vez? *Perfecciónese Ud. sobre todo en la escena tranquila.*“

Al par que estos consejos, puramente

técnicos, Diderot da á su joven amiga lecciones sobre las costumbres y la vida de las actrices en la ciudad, y esta parte de la correspondencia es tan interesante y significativa como la primera.

## II

“Tengo el derecho, por mi edad, mi experiencia, la amistad que me unía con su señor padre y el interés que me he tomado siempre por Ud., de esperar que los consejos que la dé sobre su conducta y su carácter no los ha de tomar á mal.”

Y á renglón seguido se aprovecha para decirle algunas verdades amargas:

“Es Ud. violenta, muy violenta, el peor defecto que pueda tener una mujer cuya dulzura parece debe ser la prenda primera y la más indispensable. Algo vanidosa también, á lo que suele acompañar algo de tontería.

*“No se empujan más que los pequeños.*

„¿Mentirosa? No, precisamente; pero

podiera suceder que no respetáramos del todo la verdad en nuestros discursos. Es una pequeñez, ¿eh? La mentira no está permitida más que al tonto y al malvado: al uno para disfrazarse, al otro para reemplazar el ingenio que le falta. En fin, todas las debilidades del oficio; es Ud. disipadora, negligente, y con una moral un poco relajada. Hay que cuidar todo esto.

“El filósofo que carece de religión no podrá tener buenas costumbres; la actriz que tiene en contra de sus costumbres la opinión concebida de su estado, nunca se observará bastante ni se mostrará perfectamente educada.”

No exige ciertamente Diderot de una hija del teatro una virtud casi incompatible con su profesión y que las mujeres de mundo conservan rara vez entre la opulencia, lejos de los cebos de todas clases que rodean á la actriz; pero mademoiselle Jodin debe recordar que una

mujer no adquiere el derecho de franquear los límites impuestos á su sexo por la costumbre y la opinión más que á fuerza de talento, de corazón y de ingenio. Sobre todo, la recomienda que guarde las conveniencias y que *tenga cuidado al elegir sus gustos*.

Esto es moral de manga ancha, como se usaba en el siglo XVIII; de todos modos, muy suficiente para una cómica del tiempo.

El filósofo se reconoce muy poca austeridad y añade con la sonrisa indulgente de un guardia de París antepuesta á las costumbres coreográficas:

“No soy difícil de contentar; me bastará con que no haga Ud. nada contrario á su felicidad real. La fantasía del momento es muy dulce, ¿quién no lo sabe? Pero tiene consecuencias amargas que se pueden ahorrar por pequeños sacrificios cuando no se es una loca... Sea Ud. buena... si puede; y si no, tenga por lo me-

nos el valor de soportar el castigo del desorden.”

Hay días en que el maestro es muy severo, exige más; cree que la cómica debe tener un aspecto honrado, decente, las maneras de una muchacha educada, único modo de conservar á distancia los aturdidos, los libertinos y todas esas insultantes familiaridades que lleva consigo la profesión. Es preciso que se cree reputación de mujer honrada y buena, que sea escrupulosa en la elección de las personas que recibe con asiduidad. Y que no se figure que su conducta en sociedad sea indiferente á sus éxitos de teatro; se aplaude de mala gana á quien se desprecia ó se aborrece. Y, finalmente, que sea económica, porque ésta sí que es la mejor salvaguardia para su independencia y su honradez.

Más adelante recalca esta influencia de las costumbres del artista sobre sus éxitos en el teatro. Según él, la actriz

honrada debe sentir más vivamente y expresarlo mejor que la que no lo es. Lo mismo que hay una gran diferencia entre la elocuencia de un hombre honrado y las frases de un retórico que no piensa palabra de lo que dice, sucede con el modo de representar de una mujer honrada y el de una criatura envilecida, degradada y que viene á descargar en el proscenio largas tiradas de verso sobre la virtud. El público no se engaña. Un papel de mujer honrada hecho por una actriz que no lo es, le choca casi tanto, como un papel de muchacha de quince años hecho por una mujer de cincuenta.

Por lo demás, el filósofo no deja de comprender que el medio ambiente que rodea á su joven protegida no es muy higiénico para las señoritas. Que no espere encontrar amigos entre los hombres de su oficio; y en cuanto á las mujeres, que las trate á todas con bondad, pero que no intente con ellas. ¡Este mundo de bastido-

res es tan complicado y tan artificial! Obligados á simular en escena mil sentimientos diversos, llegan casi todos á no conservar ninguno, y su comportamiento en esta vida resulta un juego que ajustan á las diversas circunstancias por que atraviesan.

“Cuando se piensa en las razones que han determinado á un hombre á hacerse actor y á una mujer actriz, en el lugar en que la suerte les ha colocado, en las circunstancias raras que les han conducido á la escena, se comprende que el talento, las buenas costumbres y la probidad sean igualmente raras entre ellos.”

Á pesar de la naturaleza ligera de la discípula, parece ser que aprovecha las lecciones del maestro, á juzgar por el tono ditirámico de la carta VII, que empieza así:

“¡Qué conveniente sería, señorita, que á pesar del continuo aturdimiento de su oficio, de las pasiones y de la juventud,

tuviera Ud. alguna idea sólida, y que la embriaguez del presente no la impidiera pensar en el porvenir! ¿Estará Ud. enferma? ¡Habrà Ud. perdido el entusiasmo de su talento! ¿No se promete ya las mismas ventajas? Tengo muy poca fe en las conversiones, y la prudencia me ha parecido siempre una buena cualidad, la más incompatible con su carácter de usted. No le comprendo.“

¿Qué había ocurrido? Una cosa milagrosa. La actriz había realizado algunas economías, sí, leen Uds. bien, economías, y le rogaba á Diderot se las colocase. El hecho es tan raro y tan nuevo, que el filósofo no quiere creer en él. Si no tiene el dinero en su poder antes de un mes, no se convencerá. Pero he aquí que, para tranquilizarle, llega de Varsovia una letra de cambio de doce mil libras sobre la casa Tourton y Baure. Decididamente, Mlle. Jodin tiene más talento que creía. Sabía que el corazón era bueno, pero la

cabeza, no pensaba que hubiera mujer en el mundo que llevara sobre los hombros otra más loca ni peor. Le ha engañado agradablemente.

En la carta XI, todo se desarregla. Entre líneas irritadas y regañonas, aparece el maestro, flameante la mirada y con la peluca de través.

—No me persuadirá Ud. nunca, nunca, señorita, que no se ha atraído Ud. la catástrofe que la ha sucedido...

¿Qué catástrofe? No la precisa. Vemos únicamente que en una aventura escandalosa, la actriz se ha declarado pariente de Diderot, cuyo nombre teme comprometer.

Esta misma carta contiene algunos consejos íntimos que nos inician en las relaciones de Mlle. Jodin y el Conde de Schullembourg, un amigo que se ha proporcionado allá abajo. Parece ser que hay turbulencias en el matrimonio, y el buen Diderot, muy orgulloso con haber

recibido el retrato del Sr. Conde, cree deber intervenir en estos términos:

— Sea Ud. buena, honrada y dulce, dice á su protegida... Si ha tenido Ud. la felicidad de cautivar á un hombre de bien, comprenda Ud. el valor de su premio; piense Ud. que la dulzura, la paciencia, la sensibilidad, son virtudes propias de la mujer, y que las lágrimas son sus verdaderas armas. Es indigno de un hombre de mundo pegar á una mujer, pero es peor todavía merecer este castigo. Si no se corrige Ud., si todos los días continúa empeñada en señalarlos por locuras, dejaré de demostrarla el interés que siempre me ha inspirado; presente usted mis respetos al Sr. Conde, haga usted su felicidad, puesto que él se ha encargado de la suya.

Mezcladas á todas estas querellas de familia de actriz, la fisonomía del filósofo y sus sermones sobre el amor y la virtud toman un carácter dulcemente cómico.

El pobre hombre tiene demasiado trabajo entre aquellas dos almas violentas y apasionadas. Los insta á quererse apaciblemente, á que no hagan locuras ninguno de los dos, si no quieren verse castigados el uno por el otro.

Hay veces que, cansado ya, les confiesa que no sabe si están hechos para vivir juntos. La actriz tiene sus defectos, que no siempre se está dispuesto á perdonar; el Conde tiene los suyos, hacia los que ella no muestra ninguna indulgencia. Él parece ocupado únicamente en destruir los efectos de su bondad y de su ternura. Ella, por su parte, está siempre predispuesta á las violencias. Lo mejor es abandonarlos á su suerte.

Bajo la aparente imparcialidad de esta opinión, se adivina el respeto y la deferencia del plebeyo Diderot hacia el título y blasón del Sr. de Schullembourg. Se ven á cada momento los "Recuerdos al señor Conde..." "No olvide Ud. saludar en mi

nombre al Sr. Conde..." La correspondencia le interesaría ya bastante menos, de seguro, si no advirtiera detrás de la actriz al gran señor, cuya atención le halaga y le alegra.

Sin embargo, en las últimas cartas, en que ya no se habla del Sr. Conde, obscurecido evidentemente, desaparecido á consecuencia de alguna tormenta doméstica, el filósofo continúa desempeñando con gran valor su papel de guía y consejero; interviene en los debates de familia, coloca el dinero de la actriz, se ingenia por procurarla inteligencia, hacerla bondadosa.

"Si es Ud. buena, le dice, en uno de sus últimos envíos, dejará á la suerte los menos límites posibles, pensará pronto en vivir como quisiera haber vivido siempre. ¿De qué sirven todas las severas lecciones que ha recibido si no las ha aprovechado? ¡Qué poco dueña de sí misma es Ud.! Entre todos los muñecos de la

Providencia, Ud. es uno de los que mueve con el alambre que la sujeta de una manera tan rara que no la creería nunca más que donde está, y no está en París, ni lo estará tan pronto."

Algún tiempo después, la correspondencia cesa, interrumpida por la encarcelación de Mlle. Jodin. Protestante convertida y como tal apasionada, la Genovesa se ha permitido bromear al paso de una procesión, y fué presa y puesta á la sombra.

Diderot tuvo miedo y no la reclamó.